

Documentos

Sección **E** Los Andes

Mendoza, República Argentina. Lunes 2 de abril de 2007



TESTIMONIOS

Tres historias de heroísmo y dolor

Un ex conscripto, un militar y la esposa de un combatiente que se suicidó hablan de la guerra.

PÁGINA 8

REPORTAJE

El boom económico de las islas

Tras el conflicto, la pesca y el turismo mejoraron la calidad de vida de los isleños.

PÁGINAS 4-5

ANÁLISIS

La causa Malvinas, un debate incómodo

Intelectuales argentinos hablan sobre la historia y las perspectivas del reclamo.

PÁGINA 3

POLÍTICA

Una aventura que terminó en derrota

Joaquín Morales Solá explica la caída del Proceso a partir de la derrota militar.

PÁGINA 6



1982. Tropas argentinas transportan pertrechos militares por la costa de la bahía ubicada frente a Puerto Argentino, donde diez días antes se había producido el desembarco.
2007. El mismo lugar 25 años después: Dos turistas alemanes pasean por la bahía. El turismo -que llega en cruceros- se ha transformado en una de las principales fuentes de ingreso para la economía malvinense.

MALVINAS

la guerra que no olvidamos

POR PABLO MENDELEVICH
ESPECIAL PARA LOS ANDES

En algún lugar del palacio, la reina de Inglaterra tiene guardada una chalina de vicuña. Se la regaló Carlos Menem hace poco más de ocho años, el día que fue a almorzar a Buckingham, acompañado de su hija Zulemita, para robustecer la enfática reconciliación de posguerra con el Reino Unido que él organizó -tras reanudar relaciones en 1990-, apoyado en la teoría del paraguas. De la chalina poco se sabe, pero el paraguas, coinciden en esto los gobiernos de Néstor Kirchner y Tony Blair, aún hoy presta sus servicios virtuales. Es

un imaginario cono de sombra donde se resguarda el tema de la soberanía de Malvinas. Sólo que en Buenos Aires, paraguas de soberanía significa que nada acontecido dentro del vínculo bilateral sentará un precedente capaz de afectar el reclamo argentino por la pertenencia de las islas, mientras en Londres la cobertura es total y blindada. "¿Soberanía?", dicen en su lluviosa isla los flemáticos herederos del imperio que mandaba urbi et orbi hasta la Segunda Guerra Mundial -o hasta que en 1947 se independizó la India-, y responden con el título de aquella película de María Luisa Bemberg: De eso no se habla. Por lo menos así era hasta el mié-

les pasado. Ese día el gobierno británico habló de soberanía! Aunque lo hizo como un padre enojado. Increíble pero textual: "esta lamentable acción no (les) ayudará en nada", dijo Londres, "en su reclamo de la soberanía de las islas". Tal la amonestación, en escueto comunicado oficial, por la medida argentina de finiquitar el convenio que los gobiernos de Menem y John Major (el sucesor de Margaret Thatcher) habían firmado en 1995 para explorar y explotar petróleo y gas en el Atlántico Sur.

Está claro que el gobierno de Kirchner acaba de sepultar la estrategia de seducción emplazada en los noventa por Menem y el ya fallecido Guido Di Tella,

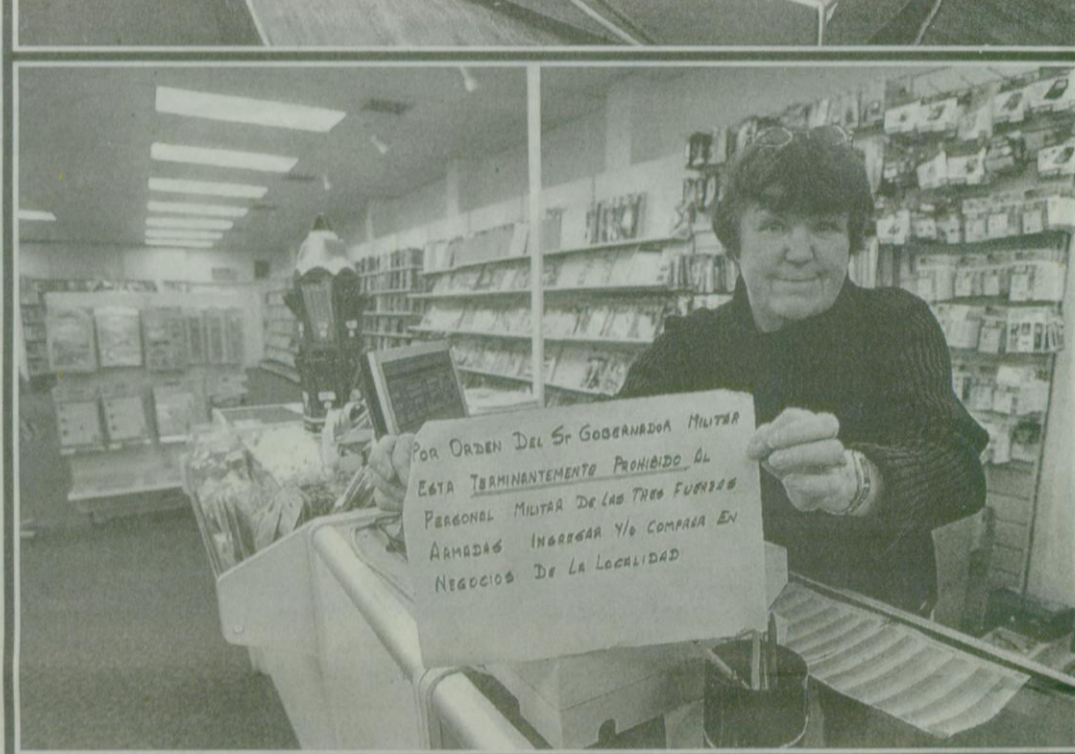
el canciller más duradero de la historia. En el mismo acto se inauguró otra etapa, aún de inciertos contornos, que por lo visto disgusta a la contraparte, proverbial amiga de no innovar. Hacia rato que se especulaba en el mundo político y diplomático con la idea de que el 25º aniversario de la guerra traería alguna tirantez en las relaciones argentino-británicas, sólo que se esperaba que la chispa viniera por el lado de la pesca y apareció por el de los hidrocarburos. Aunque ambos rubros pertenecen a la dimensión económica del Atlántico Sur, la diferencia entre ellos es importante. Pesca hay, es el recurso principal de los isleños, de allí la disputa (que está a punto de mo-

ver la Argentina, mediante una nueva ley que replicará la decisión unilateral británica de otorgar permisos de pesca no ya por un año sino por veinticinco). Petróleo no: curiosamente la pulseada es aquí más política que económica. ¿Quién sabe qué habría sucedido de haberse hallado en estos años alrededor de las islas Malvinas petróleo con costos de extracción justificables! La "cooperación" petrolera argentino-británica nació coja: una Comisión de Hidrocarburos del Atlántico Sudoccidental consiguió reunirse ocho veces; el problema es que la última fue en el año 2000. Mientras el go-

PASA A PÁGINA 2



1982. El 13 de abril, un soldado argentino no identificado almuerza frente al cuartel de la Royal Marines, en Puerto Argentino. 2007. Turistas de un crucero noruego comen en la Glöbe Tavern.



1982. La caja de un mercado de Puerto Argentino exhibe la prohibición del gobernador militar para que ingresen soldados al lugar. 2007. Isabel Castle, la misma cajera, muestra aquella orden del mando argentino, 25 años después.

VIENE DE PÁGINA 1

bierno isleño licitaba las exploraciones, los dos países que estaban de acuerdo no conseguían aclarar sobre qué mapa se habían puesto de acuerdo.

Un "malvinólogo" del gobierno argentino explica: "A ellos los acuerdos del '95 les permitían dar al mundo la impresión de que con la Argentina estaba todo bien, hasta tenían acuerdos de cooperación para explorar y explotar petróleo, mientras en la práctica nos decían que si no hacíamos lo que ellos decían en cada tema, éramos 'hostiles', de modo que no nos presentarían como el país que volvió a ser 'incorrecto'".

Homenaje difícil

A la hora de las conmemoraciones, la diferencia Londres-Buenos Aires no es importante sino abismal. Los ingleses a las guerras propias las celebran con mayor pompa cuando de su epílogo se cumplen 25, 50 y 60 años, como sucedió en su momento, por ejemplo, con la Segunda Guerra Mundial. De modo que con Malvinas están frente a la primera oportunidad de purgar la primera bofetada de orgullo venedor. A nosotros, en cambio, nos resulta difícil honrar la Guerra de Malvinas sin renovar el cúmulo de sentimientos contradictorios que evoca 1982. Anécdota elocuente de ese pasado complejo que enroscaba dictadura y patria: el actual canciller Jorge Taiana vivió la guerra en la Patagonia, aunque no por decisión propia. Desde el penal de Rawson, donde pasó la mayor parte de los siete años y medio que los militares lo tuvieron preso, escuchaba rugir los aviones de combate.

En los últimos cuatro meses un en-

marahado troneo verbal fue y vino a Londres respecto de conmemorar en forma conjunta los 25 años. ¿Commemorar? ¿Celebrar? ¿Homenajear? Según la diplomacia británica, el primer ofrecimiento no tenía fecha. El gobierno argentino asegura que sólo hubo una insinuación informal (vía el embajador en Londres, Federico Mirre) y que la fecha prevista era el 14 de junio, día de la rendición. Agrega ahora el diputado micrista Federico Pinedo, valiéndose de sus contactos en Londres: "Planear una parada militar para la que están rehabilitando aviones, no una mera evocación de los muertos".

Los sentimientos contradictorios removidos por 1982 van desde el patriotismo hasta la vergüenza. Así lo entendió hace un año el presidente Kirchner en un discurso que pronunció en El Palomar, donde pidió "perdón" a los ex combatientes, honró a los muertos "y a los muchachos que día tras días se fueron quitando la vida por el olvido de quienes nunca debieron olvidarlos" y le reclamó a Gran Bretaña la reanudación del diálogo sobre la soberanía. El gobierno dicen hoy que ese discurso marcó la línea de lo que comenzó a ser ejecutado este otoño: "Diálogo, diplomacia y paz -expresó Kirchner- no significan vivir con la cabeza gacha".

Una embestida en todos los foros internacionales con eje en la resolución 2065 de Naciones Unidas, explican en la

Cancillería, es lo que viene. En esa resolución de 1965 la comunidad internacional definió el tema como "una situación colonial especial y particular", entendió que estaba en disputa la soberanía e instó a las partes a negociar teniendo en cuenta los intereses de los malvinenses. Desde 1989, la Argentina no lleva la disputa a la Asamblea General, optó por presentar su reclamo ante el Comité de Descolonización. Cuatro países de América Latina -Chile, Bolivia, Venezuela y Cuba- integran ese comité y serán los diplomáticos chilenos quienes presentarán el 21 de junio próximo la resolución que, como cada año, propone la Argentina, adelantó el embajador ante la ONU, César Mayora. De no mediar sorpresas, el comité la aprobará por consenso e invitará al Reino Unido a negociar todos los puntos en conflicto, incluida la soberanía. Luego se notificará la resolución a la Asamblea General para otra vez repetir el proceso el año próximo.

¿Por qué está trabado el conflicto? Lo dice sin decirlo el mismísimo comunicado que emitió Londres el miércoles. "El Reino Unido cree firmemente que los falkland islanders (malvinenses) tienen derecho a la autodeterminación y no negociar la soberanía a menos, y hasta que, los isleños así lo pidan."

O sea nunca, habría agregar con algún cinismo si fuera por como están las cosas hoy. Los isleños, huelga decirlo, no dieron muestras de sucumbir ni en una ventosa trasnochada de tragos reiterados a la política de seducción menemista.

Y vuelve la Argentina, pues, al mollejo de la resolución 2065, que ya había conseguido habilitar negociaciones por la soberanía en 1966. Por entonces Blair tenía

apenas 13 años (Kirchner, 16). Pero la edad que recordó hace una semana y media en una impactante declaración pública a propósito del 25 aniversario de Malvinas no fue la de los 13 sino la de los 29: "Yo era muy, pero muy joven -exageró Blair-, pero cuando miro atrás, obviamente, no tengo ninguna duda de qué era lo que había que hacer". El líder laborista que es gran aliado de George Bush en Irak, el mentor de aquella efímera "tercera vía" de Anthony Giddens tan encantadora para el matrimonio Kirchner, llamaba cosa correcta a lo que hizo en el Atlántico Sur la conservadora Margaret Thatcher, cuyo var político, además, encomiaba.

En Buenos Aires fue un baldazo. Se lo entendió como un anticipo del color de las celebraciones londinenses que habrá en junio y no como una muestra más de que en el Reino Unido la política sobre Malvinas tiene motivos estructurales para comportarse con cierta estabilidad. Un diplomático muy atento a la política inglesa, sin embargo, explicó que en Londres el tema "Falklands" prácticamente no da réditos políticos, pero todo intento de romper el statu quo ofrece cuantiosos riesgos, visto el lobby que puede hacer cualquier ciudadano a través del diputado de su circunscripción.

Precisamente sobre la base de que el Reino Unido es una democracia parlamentaria con un monarca constitucional, el diputado oficialista Jorge Argüe-

lo, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores de la cámara, ha sido ferviente impulsor del Observatorio Parlamentario Malvinas, un foro multipartidario que, hoy, insinúa una homeopática política de estado. El problema es que el gobierno no parece interesado en aprovechar el respaldo opositor. Tuvo notable consenso la denuncia de los acuerdos sobre hidrocarburos -la sepultura de la política de seducción-, respaldo apenas mitigado con acusaciones de oportunismo. Pero el Congreso no fue de la partida.

Por cálculo político o porque los aniversarios redondos en todas partes marcan agenda, lo cierto es que después de 17 años está cambiando la política sobre Malvinas. La anterior dejó en el haber, entre otras cosas, la posibilidad de los argentinos de viajar a las islas (con sello del pasaporte) y los vuelos semanales desde Chile, a lo cual los ingleses añadieron la renovada promesa de que antes de fin de año llevarán a las islas a alrededor de 700 familiares de caídos para una conmemoración privada.

¿Podrá la Argentina recuperar las Malvinas en los próximos 25 años?, se les preguntó esta semana, bajo condición de anonimato, a varios de los principales políticos y funcionarios que trabajan en el tema. La respuesta prevaleciente salió tanto de bocas oficiales como opositoras: mientras el país no logre ser prestigioso y confiable a nivel mundial, no habrá recuperación. Se podría agregar que esa otra porción de la política exterior que está en manos de asambleístas aduendados del horario de una frontera internacional no parece colaborar en ese sentido. La Nación

Por Jorge Taiana



El diálogo, único camino

El responsable de las Relaciones Internacionales de nuestro país explica la estrategia adoptada por la Argentina para intentar reabrir la discusión por la soberanía de las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur.

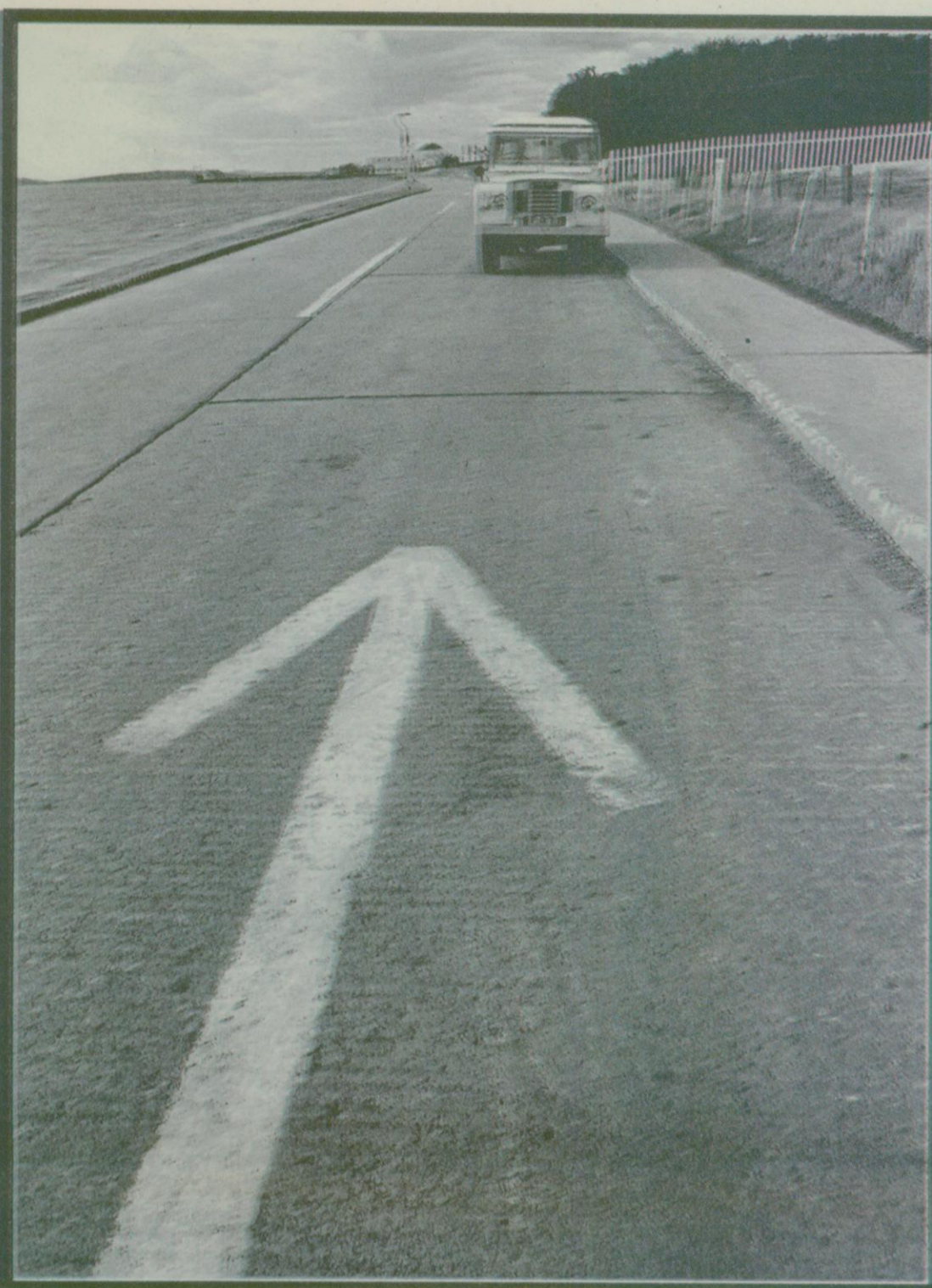
de los combatientes al ponerlos al servicio de su sobrevivencia política. El conflicto de 1982 no alteró en nada la naturaleza de la disputa y así lo afirmó la Asamblea General a menos de cinco meses del fin de las hostilidades. Pero el Reino Unido sostiene su ocupación ilegítima con una poderosa base militar y está a punto de celebrar festivamente el cuarto de siglo del conflicto. El Reino Unido ha distorsionado la naturaleza de los entendimientos provisorios acordados a partir de 1990, bajo fórmula de soberanía, ejecutando actos unilaterales contrarios a la letra y al espíritu de esos entendimientos y a las resoluciones de la ONU, que nos imponen la obligación de solucionar la disputa de soberanía y, mientras se logra, nos exigen no innovar. Pese a las innumerables e ininterrumpidas protestas argentinas, el Reino Unido ha pretendido forzar una interpretación errónea e interesada de esos entendimientos provisorios, poniendo de relieve con su insistencia en esa conducta la ineficacia de la estrategia di-

plomática de los años '90, como lo demuestran: la experiencia de más de 15 años de frustraciones, sin haber podido poner en marcha una efectiva cooperación. El Reino Unido califica de "agresiva" o "electoralista" la política de la actual administración que reafirma el contexto en el que se inscriben los entendimientos (la existencia de la disputa de soberanía y la obligación de resolverla) y, de allí, que deben conducirse necesariamente a reanudar las negociaciones de soberanía. No puede ponerse en duda que nuestro reclamo es pacífico, pero firme al mismo tiempo. Ser firmes significa reclamarle al Reino Unido que cumpla con la obligación que el mundo nos impone de solucionar la controversia de soberanía. También significa rechazar categóricamente todos y cada uno de sus actos unilaterales, contrarios a esa obligación y a los entendimientos provisorios que fueron acordados para que las partes pudiesen cooperar mientras encuentran esa solución. Así se lo hacemos saber al Rei-

no Unido y al mundo, adoptando las medidas a nuestro alcance y denunciando las acciones británicas que nos alejan de la negociación y pretenden disponer de nuestros recursos. El gobierno del presidente Kirchner acaba de dar por terminada la Declaración Conjunta del 27 de septiembre de 1995, bajo fórmula de soberanía, sobre cooperación en materia de exploración y explotación de hidrocarburos en el área disputada. El Reino Unido ya no podrá pretender justificar, desde la letra y espíritu del acuerdo, su ilegítimo accionar unilateral en nuestra plataforma continental que llevara a la parálisis, hace ya siete años, a la comisión bilateral creada por el entendimiento. El Reino Unido tampoco había aceptado nuestras reiteradas propuestas de mantener un diálogo franco y abierto sobre los entendimientos provisorios. La Argentina reitera, fundada en sus valores democráticos, su voluntad ineludible de perseverar en la acción diplomática hasta alcanzar la solución definitiva de esta anárquica disputa colonial. Es así como saldaremos la deuda de honor con nuestros Caídos y Veteranos de Malvinas. CC

Nuestro reclamo es pacífico, pero firme: reclamarle al Reino Unido que cumpla con la obligación de solucionar la disputa de la soberanía.

no Unido a encontrar una solución pacífica, justa y duradera de la disputa de soberanía. La decisión tomada por la dictadura militar en 1982, a espaldas del pueblo argentino, fue trágica y equivocada porque se apartó del tradicional reclamo pacífico y malversó la confianza



1982. La flecha pintada en una calle de Puerto Argentino muestra el cambio impuesto en el sentido de circulación del tránsito. 2007. La misma calle y la vuelta a la "normalidad" de los isleños, circulando por la izquierda.

Un debate incómodo y necesario

Un grupo de intelectuales plantea su visión sobre el significado de la "causa Malvinas", la guerra y las actitudes posteriores a la derrota.

POR MARTÍN RODRÍGUEZ YEBRA ESPECIAL PARA LOS ANDES

Es como mirarse en un espejo ingrato. Durante 25 años, la sociedad argentina, sus políticos y también sus pensadores más lúcidos han chocado con el recuerdo de una guerra que primero se festejó de manera casi unánime como un acto de justicia histórica, luego se reinterpretó como la locura final de una dictadura decadente y enferma de poder, y con ese formato se la fue ubicando en un rincón lejano de la memoria. Aislado el recuerdo traumático, el imperativo de recuperar las Malvinas reaparece cíclicamente en la agenda de prioridades de los gobiernos. Nadie imagina que un presidente argentino pueda plantearse en una tribuna y renunciar al reclamo de soberanía. Pero igual de insolito suena cuando no ya un político sino un intelectual intenta abrir un debate crítico sobre lo que las islas significan para la Argentina.

Justamente, es ese debate a fondo lo que está ausente, incluso en un momento político en que se impulsa con fuerza una revisión histórica, cultural y hasta judicial de la violencia de los años '70 y del papel de la dictadura. Desde el poder, el presidente Néstor Kirchner ha marcado en discursos com-

mo que el país pueda presentar, no vemos la realidad y cómo nos afecta en términos de inserción internacional, confianza y desarrollo tecnológico". Y plantea que se requiere una intervención intelectual, porque "la sociedad está abierta a percepciones diferentes" sobre lo que pasó y sobre el futuro de la relación con las islas.

Pero es una propuesta incómoda. Y en gran medida eso se debe al debate original de 1982; a la reacción de euforia casi unánime con la ilusión de que las Malvinas volvían a ser argentinas. La guerra contó hasta con respaldos inesperados de intelectuales de izquierda exiliados por estar bajo amenaza de la dictadura. En la visión de esos sectores de la izquierda, la recuperación de las islas era un golpe a la política imperial expresada por Gran Bretaña y permitía soñar con un "renacimiento de la causa popular" que acabara por debilitar y destruir a la dictadura.

Un ejemplo llamativo del fervor que había despertado la guerra fue el documento firmado por 20 intelectuales exiliados en México, entre los que figuraban José Arió, el recientemente fallecido Juan Carlos Portantiero, José Nun (actual secretario de Cultura de la Nación) y Emilio de Ipola. Aclaraban que reivindicar "en la actual situación la indiscutible soberanía argentina sobre las Malvinas" no implicaba "echar un manto de olvido" sobre la política de la dictadura. Pero sostenían: "Tras 149 años de reclamos continuados y de 17 años de negociaciones infructuosas, la dictadura militar argentina tomó la prevista e inconsultamente entre sus manos una reivindicación nacional que no por eso ha dejado de ser justa".

El actual senador Rodolfo Terragno fue otro de los intelectuales perseguidos por el gobierno militar que apoyó el desembarco en las islas. Como periodista, cubrió el conflicto desde Londres para el Diario de Caracas y escribió allí: "Si las Malvinas se reintegraran definitivamente, eso representará la satisfacción de un ideal colectivo". Tomaba también el argumento por el cual una victoria abriría el camino a un cambio, en contraposición a la explicación recurrente (después de la derrota) de que la operación Malvinas había sido sólo un mandato de ahogado del dictador Galtieri para inyectarle así al Proceso.

Hoy Terragno explica su posición: "No hay ninguna duda de que la ocupación de las islas no fue un error. Permitted que se abrieran negociaciones con posibilidad de avances concretos. El error fue haberse quedado a dar una guerra sin posibilidades de ganar". Desde el exilio, una de las pocas voces críticas hacia la guerra había par-

tido de un pensador emblemático de la izquierda argentina, León Rozitchner. En pleno desarrollo del conflicto, escribió casi sin pausa una obra que se tituló Malvinas: de la guerra sucia a la guerra limpia, en la que cuestionó amargamente a los intelectuales progresistas que, según él, "se dejaban usar por la derecha" en el intento por ocultar los crímenes cometidos por la dictadura.

"El gobierno militar necesitaba conquistar un lugar en la población para esconder el genocidio. Y para eso despertó un viejo deseo que recibimos los argentinos desde la escuela. A mi me dolía ver que mucha gente de la izquierda, víctima también de la dictadura, no percibiera esto", recuerda a sus 83 años. Rozitchner explica a su manera por qué nunca volvió a abrirse un debate sobre lo que significó Malvinas: "La derecha y la izquierda quieren que haya silencio. Malvinas fue una encrucijada importante en la vida argentina y todavía no ha sido dilucidada".

¿Y cómo era el debate intelectual dentro del país durante la guerra? "Ahora parece que nadie hubiera estado a favor. Hay mucho de selección perceptiva, pero en esa época, quien pensaba distinto a la posición dominante terminaba como un marginal", dice el historiador Carlos Floria. Y destaca también cómo el componente antiimperialista colaboró en la construcción de ese apoyo paradójico, que incluyó los extremos ideológicos.

Los focos de resistencia crítica hacia la guerra dentro del país se comunicaban por una suerte de red clandestina, como recuerda Carlos Altamirano, entonces miembro del consejo directivo de Punto de Vista, publicación que dirige Beatriz Sarlo y que mantuvo durante aquellos años, como forma de oposición, un "silencio militante" durante los meses del conflicto. Fue Altamirano quien escribió en la revista un recordado editorial posterior a la derrota en el que expuso duras consideraciones sobre todo el proceso de la guerra y sobre quienes la respaldaron. Pero años después no se excluyó de la autocrítica: "Aun quienes nos oponíamos a la guerra nos reconocimos en el supuesto de la causa justa, aunque rechazáramos las posiciones que extraían de allí los motivos para dar sostén a la acción del gobierno del general Galtieri", sostuvo en una reflexión en la Universidad de Princeton en el 2004.

Tras la derrota, la posición dominante fue "la desmalvinización", término que se le atribuye al intelectual francés Alain Rouquie, hombre que supo aconsejar al gobierno de Raúl Alfonsín. En síntesis: la Argentina necesitaba olvidar la derrota para reconstruirse como nación democrática. No fue difícil inculcar la idea en una sociedad que se había volcado a las calles para celebrar la recuperación del "territorio irredento" de la patria.

"La derrota fue seguida de un impresionante proceso de desmemoria forzada, y por eso todavía hoy no se sabe si celebrarlo o llorar aquel episodio desdichado", indica el escritor Mempo Giardinelli. Lo prueba, dice, lo que ha ocurrido con las conmemoraciones de cada aniversario: "Con Alfonsín se recordó la derrota como un aniversario luctuoso, cada 10 de mayo. Con Menem la fecha fue un feriado bastante anodino. Con De la Rúa los militares consiguieron que se recordara el 2 de abril (día del desembarco). Retroceso sutil que implica negar la derrota para seguir falsificando".

Rozitchner opina que "el silenciamiento de Malvinas" forma parte de un proceso más amplio. "Lo que pasó con las islas empezó a mostrar la verdad de lo que está en juego. La Argentina en los años subsiguientes siguió perdiendo soberanía de una manera nunca tan acentuada, con las privatizaciones y la venta de tierras. Hoy se mantiene la posición acerca de la soberanía de las islas pero no se está planteando recuperar el fundamento sustancial de la Patria".

Desde otra concepción, la antropóloga Rosana Guber, autora del ensayo ¿Por qué Malvinas?, considera que hubo un "olvido premeditado como castigo a los conductores del único episodio en que Malvinas ingresó en el campo interno". Es decir, que las islas pue-

El sueño de tener las islas

La reivindicación de la soberanía sobre las islas Malvinas continúa siendo una causa nacional para los argentinos. Una encuesta realizada en todo el país por el politólogo mendocino Enrique Zuleta Pucireu revela que 82,6% de los consultados le asignan una importancia alta o muy alta como hecho histórico y prácticamente la totalidad de los consultados sostiene la necesidad de este año darle mayor o igual importancia a la celebración. En cambio, las opiniones están más divididas a la hora de analizar las posibilidades de que alguna vez las islas vuelvan a ser argentinas: 33,4% sostiene tener muchas esperanzas, 26,2 algunas y un 30,2 no tiene ninguna esperanza. A tono con las otras respuestas, 88,7% de los consultados asegura que recuperar el archipiélago sería bueno para el país.

ron siempre encarnar "una unidad inexistente de la Nación y una esencia idealizada", en un país cruzado por las divisiones y las tragedias políticas. La concepción de guerra absurda surge, entonces, como una respuesta a esa necesidad de mantener virgen el concepto de Malvinas como "símbolo de unidad comunitaria".

Romero enfoca el componente nacionalista que subyace en los argentinos y que complica un debate racional sobre Malvinas. "El viejo nacionalismo soberbio todavía da buenos frutos en política. Hay un trauma nacionalista, que se calienta o se enfría según la conveniencia. Pero todavía no hemos sido maduros para enfrentar esta cuestión desde una perspectiva diferente".

En esa sinuosa, Palermo señala la existencia de un mandato nacionalista del que es sacrilego salirse. "Para darle un sentido cívico y republicano a lo que pasó hay que repensarlo abiertamente. Incluso cuando se habla de las Víctimas. No es bueno decir que hay un compromiso de sangre con la idea de recuperar las islas. Los que murieron no nos obligan a seguir el camino de los que los mandaron a morir. Eso no es pisotear la memoria, sino buscar mejorar como sociedad".

Ferrigno disiente de punta a punta con esa visión: "Mantener el reclamo de soberanía es ser coherente con nuestra historia y no causa ningún perjuicio internacional a la Argentina. La persistencia de un foco de conflicto no es buena para el país, como tampoco lo es para Gran Bretaña y para los isleños. Justamente por eso se hace necesario no abandonar la discusión".

Pero la voluntad política no siempre coincide con la repercusión social. "Si los diarios y la tele no mencionaran el asunto por 24 horas, casi nadie se acordaría de aquella tragedia opida Giardinelli. Es lamentable, pero es así. La mayoría de los argentinos prefiere no recordar esa guerra. Y me parece que ello se debe a un sentimiento de vergüenza íntima por haber aceptado un engaño tan doloroso". Y agrega: "Para los argentinos es un imperativo histórico recuperar las islas. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es cómo recuperarlas frente a la soberanía británica, el resentimiento de los malvinenses y la estupidez menemista de la década pasada".

Un cuarto de siglo después del drama bélico ese pasado doloroso y huérfano de vencedores no permite una revisión racional. Pero es también un pasado que todavía interroga a la esencia misma del alma argentina. La Nación

Las islas encarnan una Nación inexistente de la idealizada, en un país cruzado por las divisiones y las tragedias políticas.

Muchos dólares, desempleo cero y recuerdos que no se borran

La economía de las Malvinas ha crecido sin pausa desde 1982. Pero todos allí hablan aún de la guerra y de los campos minados.

DIARIO KLEIN
ESPECIAL PARA LOS ANDES

Puerto Argentino. Campos minados, cruces, trincheras, fusiles colgados como trofeos, aviones Tornado surcando el cielo... Un recorrido por las Islas Malvinas es un constante recordatorio de lo que ocurrió hace 25 años: una guerra sangrienta que para sus habitantes fue paradójicamente lo mejor que pudo haberles pasado.

"Sin la guerra de 1982, nada de esto hubiera ocurrido", explica el jefe de gobierno de las islas, Chris Simpkins.

Es que Malvinas hoy es un territorio próspero, sin criminalidad ni desempleo, sin tráfico, contaminación ni colas largas, donde el gobierno garantiza educación, salud y pensiones. "Si, es algo parecido al paraíso", dice el concejal malvinense Mike Summers.

Hasta la guerra, el Producto Bruto Interno per cápita de las islas, sometidas a un sistema agrario semi-feudal, rondaba los 3.500 dólares anuales. Hoy esa cifra alcanza los 50.000 dólares.

Antes de que el 2 de abril de 1982 las tropas argentinas desembarcaran, la población de las Malvinas no llegaba a las 2.000 personas y se reducía en cada avión y cada barco rumbo a Europa. Sin perspectivas, la gente emigraba. "Las islas se estaban desvaneciendo", recuerda Simpkins, una suerte de administrador general designado por concurso público, de quien dependen las 600 personas que trabajan para la administración pública.

Hoy son casi 3.000 los habitantes sobre los 11.000 km cuadrados del archipiélago, sin contar la base británica de Mount Pleasant, cuyo mantenimiento demanda al gobierno de Londres unos 270 millones de dólares anuales y que alberga una población rotativa de unos 1.200 efectivos y sus familiares.

Además, el territorio se convirtió en receptor de inmigrantes. Más de 60 nacionalidades -incluyendo 28 argentinas- están representadas en las Malvinas (ver aparte).

"Sin la guerra, en pocos años las islas hubieran sido argentinas de todos modos", reflexiona Tony Blake, de 66 años, quien participó en la resistencia. "Es horrible decirlo, por la pérdida de vidas, pero la guerra fue buena para las Falkland", concuerda Jenny Luxton, de 57 años.

Detrás del cambio está el repentino interés británico por ese remoto territorio, cuyos habitantes hasta entonces se sentían olvidados. La ley de pesca (resistida por la Argentina) permitió al gobierno local cobrar un canon y desató una industria exitosa que hoy genera más de la mitad de los ingresos, pese a que la bandera del territorio todavía luce una oveja en su escudo central.

"La creación de una zona de pesca impulsó la economía local con una inyección de un promedio de 20 millones de libras (unos 40 millones de dólares) anuales en los últimos 20 años", explica el director de pesca John Barton.

Y, más recientemente, la llegada masiva de cruceros con unos 70.000 turistas anuales a bordo, ayudó a diversificar la economía.

"Cuando la gente piensa en las Falkland recuerda imágenes de guerra, y piensa que siempre es invierno. Sin embargo aquí hay una sociedad vibrante y una buena economía", opina Simpkins. Esa economía pujante permitió al gobierno de las Malvinas asumir un papel benefactor en el que garantiza educación, salud y pensiones.

En Puerto Argentino (Stanley para los isleños), donde reside el 75% de la población, funciona una escuela primaria y otra secundaria. "Por primera vez este año empezaremos a enseñar la historia de la guerra de 1982", cuenta Verónica Fowler, profesora de secundaria. Por lo demás, "aplicamos el sistema de estudios británico, hasta los 16 años" y tienen la opción de cursar la universidad en Gran Bretaña, con todos los gastos pagos.

Algo similar sucede con la salud. El hospital, con 29 camas, garantiza la mayoría de los tratamientos. "Pero si un

paciente necesita una cirugía importante, puede optar por viajar a Chile, a Londres, o a algún otro país que se especialice en la tarea", dice la directora de salud, Nikky Osborne.

Además hay un médico itinerante que recorre cada asentamiento y cada casa salpicados en el inmenso y deshabitado campo de las islas.

Una vez por año un especialista visita la isla. "Si te quedas el tiempo suficiente, todo tu cuerpo será examinado", sonríe Tony Blake.

Sin embargo, en esta tierra con aroma a pueblo pionero las cosas no siempre son fáciles. Por ejemplo, es difícil conseguir lo que uno necesita. "Aquí todo viene siempre en el próximo barco", dice Blake. Y la diversión no abunda: No hay cines ni teatros, tampoco lugares donde ir a bailar. Sólo hay tres pubs donde después de las seis de la tarde se bebe mucha cerveza.

En las Malvinas, hay también medio millón de ovejas, igual cantidad de patos y gansos, 1.314 camionetas todoterreno y 20.000 minas plantadas.

Los campos minados, a cinco minutos en auto desde Puerto Argentino, están claramente señalizados. Los carteles de "Peligro, Minas" son omnipresentes como el viento polar que siempre sopla.

En una mañana otoñal Celia Stewart y sus dos perros labrador caminan sobre la arena blanca de Surf Bay. Detrás, el agua turquesa, la espuma limpia y los pájaros multicolores. La escena podría servir de postal, si no fuera porque a pocos metros las minas amenazan y el zumbido de un avión Tornado tapa el ruido de las olas.

Ese contraste constante entre paz y guerra es la marca distintiva en las Islas Malvinas.

A diez kilómetros de allí se despliega una cadena de cerros bajos, como Longdon y Tumbledown, donde se producen las batallas finales antes de la rendición. La línea de trincheras de las tropas argentinas permanece identificable. "Todavía se pueden ver, entre las piedras y las frazadas desgarradas, zapatillas rotas marca Flecha, cartuchos de municiones, pasta dental Kolynos, cajas de cigarrillos Jockey Club y latas de comida Swift. También hay dos cañones de 105 milímetros oxidados y anclados en la tierra.

Más lejos, cerca de Darwin, está el cementerio argentino. Son 230 cruces,



MAÑANA DE FOOTING. En Puerto Argentino, los kelpers aprovechan los domingos para salir a correr. Detrás de ellos, se ve una 4 x 4 Land Rover, un vehículo que parece parte del paisaje: hay 1.300 camionetas todoterreno en las Malvinas.



PELIGRO, CAMPO MINADO. Celia Stewart agarra a su cachorro labrador para que no ingrese a la zona prohibida de la isla. Hay 20 mil minas enterradas en los alrededores de Puerto Argentino.

Los chilenos son el 5% de la población

Puerto Argentino. La cumbia villera resuena en el Globo, el más tradicional de los pubs de las Malvinas. Bajo las banderas británicas, mapas de las "Falklands" y un fusil exhibido como trofeo de guerra, un grupo de argentinos, chilenos y uruguayos baila extasiado. Junto a sus amigos kelpers. Es la nueva realidad malvinense.

La prosperidad económica en las Malvinas ha convertido a estas islas en receptoras de inmigrantes, la mayor parte de los cuales llega de la también británica isla de Santa Helena y de Chile. "Hay 62 nacionalidades representadas en las Falklands", dice el jefe de Gobierno, Chris Simpkins.

Según el último censo, 158 chilenos (el 5% de la población) viven en el archipiélago cuya soberanía reclama la Argentina. La presencia de los chilenos en la vida isleña es palpable y se los percibe desahogados por reunirse y hacerse notar. El barman del pub The Gloucester, las camareras del hotel y el restaurante Malvin House, la encargada del laboratorio del hospital, todos son chilenos que llegaron en el último lustro. Al igual que el resto de los inmigrantes, en general se encargan de los trabajos que los isleños no quieren hacer.

Llamativamente, ese censo refleja también la presencia de 28 argentinos, entre ellos Florencia D'Avino, quien con 26 años decidió irse de Buenos Aires, huyendo de la inseguridad. Envío un currículum a uno de los hoteles de Puerto Argentino y rápidamente la contrataron hace seis meses.

"Me gusta, es tranquilo, seguro", dice sonriendo, mientras toma mate y escucha una grabación de Andrés Calamaro. Carlos Rodríguez, de 44 años, también llegó, junto con su esposa, huyendo de la inseguridad. Los dos trabajan en un matadero local. Carlos tiene un segundo trabajo, como limpiador de la escuela. Ambos dicen ganar lo suficiente para ahorrar e ir de visita a la Argentina. "Sólo de visita", aclara Carlos.

Otro argentino, Sebastián Socodo, es bombero y trabaja para el gobierno local. Desde marzo es, además, el nuevo encargado del mantenimiento del ce-

menterío argentino que está en Darwin.

Allí, entre unas 230 cruces castigadas por el viento y la lluvia, Socodo cuenta su proyecto de 8.000 dólares anuales, financiado por un empresario argentino, para rescatar del olvido el cementerio. "La pintura se está pelando, las ovejas se comen los árboles, las placas de granito se están saliendo y el ácido se come las letras", resume Socodo, de 27 años, quien está casado con una isleña. Para junio espera tener terminada la primera etapa del trabajo.

Ninguno de los argentinos consultados afirma haber sido discriminado de ninguna manera. "La primera pregunta que nos hacen siempre es ¿cómo llegaste acá?", cuenta Florencia D'Avino. Pero más allá de la sorpresa inicial, el trato siempre es amable, agregan los tres.

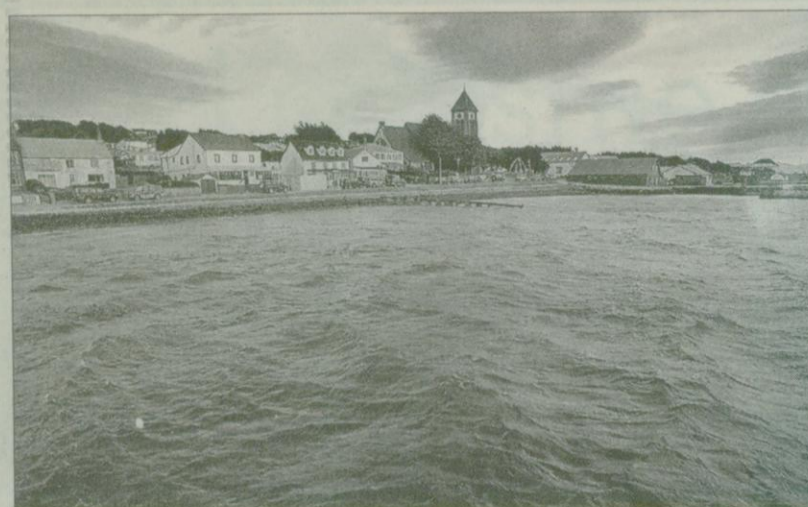
"No nos preocupa que la inmigración argentina pueda cambiar el balance de la población", dice el jefe de Gobierno Simpkins. Sin embargo, si la cifra de argentinos -entre los escasos 3.000 habitantes de las islas- creciera demasiado, "seguramente la gente no va a querer contratarlos", advierte.

Los argentinos están siempre en contacto con los chilenos y los uruguayos. Se reúnen, salen juntos a bailar y a las tabernas locales. La mayoría de los hoteles, pubs y restaurantes de Puerto Argentino están atendidos por chilenos.

Este intercambio no es nuevo para las Malvinas. Sólo cambia la dirección del flujo. Antes de la guerra, la mayoría de los isleños estudiaba en colegios británicos de Uruguay, Argentina o Chile. Durante la guerra, muchos se fueron a vivir al continente.

Chile, además, es el principal proveedor de las Malvinas, después de Gran Bretaña. La leche que llega a las islas es chilena.

Pero, a pesar de esa relación pasada y presente y de la evidencia geográfica, es difícil lograr que un isleño se reconozca como sudamericano. "Tenemos otra cultura, incluso geológicamente tenemos orígenes distintos", intenta explicar el concejal Mike Summers. "Las islas no eran parte de Sudamérica en las épocas prehistóricas, sino del sur de África", agrega. / Agencia AFP



TRAS UN MANTO DE NEBLINA. Puerto Argentino, visto desde el barco. Allí vive hoy el 75 por ciento de la población de las islas.



TARDE DE CERVEZAS. Isleños y turistas se reúnen al atardecer en alguno de los tres pubs de Puerto Argentino. Uno de ellos es el Victory bar.



ALLÁ LEJOS. El cementerio de Darwin alberga las tumbas de 237 soldados argentinos muertos en combate. Pero sólo 101 están identificados. En los últimos días, su mantenimiento fue el eje de un debate.

ESCENARIO Por Laura Antún (*)

Nunca seremos turistas en Malvinas

Desde 1999, cualquier argentino que quiera y tenga pasaporte puede aterrizar en las islas. Su gobierno intenta revitalizar el sector turístico y las vende como un sitio ecológico, ideal para mirar pingüinos y hacer un viaje de aventura. Pero una vez allí, la rabia y la desazón superan a cualquier otro sentimiento.

25 años y abren nuestro mar a buques extranjeros que se llevan el calamar, la pieza más preciada para los que llegan hasta ese extremo del mundo.

Los británicos los seducen, los cuidan y les dan facilidades, para luego ampararse en el deseo de los isleños de ser ingleses. Con hasta seis generaciones viviendo allí y un nivel de vida comparable al del Reino Unido -un poderoso de la Unión Europea-, no resulta difícil entender por qué se rehúsan a ser de los nuestros.

Eillos, los kelpers, sólo recuerdan de la Argentina un desembarco sorpresivo, una bajada de su bandera del mástil de la Casa de Gobierno y la imposición de un gobernador importado

Mientras los británicos los seducen, los cuidan y les dan facilidades, los isleños sólo recuerdan de la Argentina un desembarco sorpresivo.

a quien no conocían y nunca volverán a ver. Mario Benjamín Menéndez, quien hasta el año pasado gozaba de una pensión honorífica por su aporte a la patria.

¿Por qué no nos quieren?

Si lo que quisimos con la guerra fue recuperarlos, el tiro nos salió por la culata. Los isleños nos recuerdan por cosas poco gratas, como el hambre y la indefensión de nuestros adolescentes, algunos de los cuales se enfrentaron a los gurdas sin conocimientos básicos sobre el manejo de un fusil.

Mientras los estudiantes de la primaria mandaban tarros de dulce de batata, chocolates, mantas, pulóveres y

carritas, los chicos tenían tanto hambre que se acerbaban a pedir comida a la casa de los kelpers, sus supuestos enemigos. Las latas no llegaban. Los sweaters y las mantas fueron a parar vaya a saber uno a dónde.

Si tanto drama suena a leyenda, basta con visitar a Verónica Fowler, una mujer que vivió la guerra embarazada y dio a luz el 13 de junio de 1982, un día antes de la rendición argentina. Verónica y su entonces bebé -cuya casa fue destruida por una bomba británica que cayó en su techo por error- salvaron su vida de milagro.

En aquel primer viaje de argentinos de 1999, Verónica invitó a su casa a Edgardo Esteban, ex combatiente y autor del libro "Iluminados por el fuego" -en el que se basa la película de Tristán Bauer-. Ella lo quiso ver para devolverle, 17 años después, el sable y la medalla del capitán de fragata retirado Dante Camiletti, quien cayó prisionero de los ingleses durante el conflicto.

Verónica conserva una foto que su hijo tomó a un soldado argentino después de la rendición, un chico cuya cara de alivio refleja el infierno que vivió. En ese encuentro ella contó que no podía ver a los adolescentes vagando por la calle muertos de hambre, así que les armó un comedor de emergencia. Y los alimentó con lo que pudo durante la guerra.

¿Suena inverosímil? Esteban estaba allí para confirmarlo. Y no sólo él. Diego Pérez Andrade, enviado de La Nación y único periodista argentino que cubrió la guerra desde dentro para la agencia Télam, también se reencontró ese día con Fowler. Y no la desmintió.

Lo peor, quizás lo más triste, es que al terminar la guerra Verónica encontró un galpón lleno de comida argentina como para dos años: dulces de batata, aceite, chocolates y latas de conserva que nunca fueron a parar a sus destinatarios. Eso es la Argentina para los isleños.

Caos, absurdo, desorden y hambre.

Nos recuerdan por las minas enterradas en sus campos, donde aún hay zapatillas, cantimploras y cascos que nadie se anima a tocar. Los británicos dicen que las minas son nuestras, aunque pueden ser de ellos. Qué más da. Los niños no tienen permiso para correr por donde quieran porque aún hay rastros de lo que ellos llaman "invasión argentina".

Nos recuerdan por el museo de la guerra, en el que se quedó para siempre la guitarra de algún ex combatiente desaparecido y la carta de admiración y aliento a Leopoldo Fortunato Galtieri, escrita con letra prolija en una hoja a rayas y firmada por un ciudadano de General Alvear, Mendoza.

Nos recuerdan por el cementerio en Darwin. Aunque ataquen a Jorge Lanata y lo acusen de antipatriota, él cuenta lo que vería cualquier argentino que aterrizará en las islas. El cementerio es desolador.

En 1999 aún era cuidado por los británicos, y hoy, para variar, los argentinos nos peleamos para ver quién prevalece y si Lanata tiene razón o no. Hileras de cruces blancas con la leyenda "Known unto God" (soldado sólo conocido por Dios), de cadáveres sin nombre, de chicos que no tenían ni siquiera una medallita de identificación para que alguien esculpiera una placa con su apellido.

Los familiares, víctimas de esta guerra irracional, han tenido que colgar sus rosarios y sus cartas a hijos muertos en parcelas elegidas al azar. Nadie sabe a ciencia cierta quién está allí debajo. Nadie los trasladó. Nadie cuida de ellos, ni de las cartas, ni de los rosarios, que de vez en cuando desaparecen con el viento helado.

Eso es Argentina para los kelpers.

Trasplante de personas Malvinas es, quizás, uno de los casos de

diplomacia internacional más difíciles de resolver. Las islas están en territorio argentino -cualquiera que mire un planisferio se da cuenta de que están allí, al lado, en el patio trasero-.

Pero sus habitantes hablan inglés, no saben qué es José de San Martín porque estudian la historia de Ricardo Corazón de León y de Enrique VIII, aprenden literatura británica y toman té, gin tonic y whisky escocés. Su reina es Isabel II y el día de la patria no es el 25 de Mayo, sino el 14 de junio, fecha en la que las tropas de la Dama de Hierro terminaron de echarnos.

¿Cuál es la salida? ¿Trasplante de personas? ¿Éxodo masivo y vuelta a empezar con gauchos y mate? Ellos dicen que la tierra les pertenece. Que son y serán amigos mientras no pisemos Malvinas con reclamos. Y es cierto.

Aquel viaje empezó con noches inolvidables en The Globe, el legendario pub de July Clarke, la primera que rompió el hielo de la fría legada. "Quiero que vengan a mi local. Eso de que no los queremos es mentira", dijo aquella vez.

Y terminó con un partido de fútbol entrenable entre kelpers y argentinos, con Diego Pérez Andrade de director técnico y Esteban jugando para su equipo, lleno de hombres y mujeres en la hincha que a esa altura eran intimos amigos.

Amigos, sí, siempre y cuando no los quisieran argentinos. ¿Entonces? ¿Qué hacen esos chicos allí enterrados, lejos de sus familias y sin identificar? ¿Donde nos metemos lo que hemos aprendido en la escuela? ¿Qué hacemos con el mapa? La respuesta la tienen los gobiernos.

Ojalá sean más sabios que Thatcher y Galtieri, un dúo que nunca pisó las islas y que seguramente compartirá celda en el infierno. Ojalá que los próximos pasos cambien la imagen de tinacos, caóticos y hambrientos que dejamos en aquella guerra.

Ojalá sepan que, como en cualquier lucha armada, las víctimas siempre son los ciudadanos comunes y no los que la ordenan: el chico que dejó una guitarra huérfana, la mujer que perdió la casa por una bomba de su mismo bando, el alvearense ingeniero que le mandó la carta a Galtieri, los niños que mandaron mantas y chocolates a la nada, las madres y padres que no pueden ir los domingos a honrar a sus muertos y los cientos de chicos soldados que hoy son grandes y que, salvo en estas fechas, nadie recuerda. Ojalá.

(*) El 7 de agosto de 1999, como enviada de Los Andes, viajó en el primer vuelo que llevó argentinos a las islas.



La guerra y las islas, en películas y libros

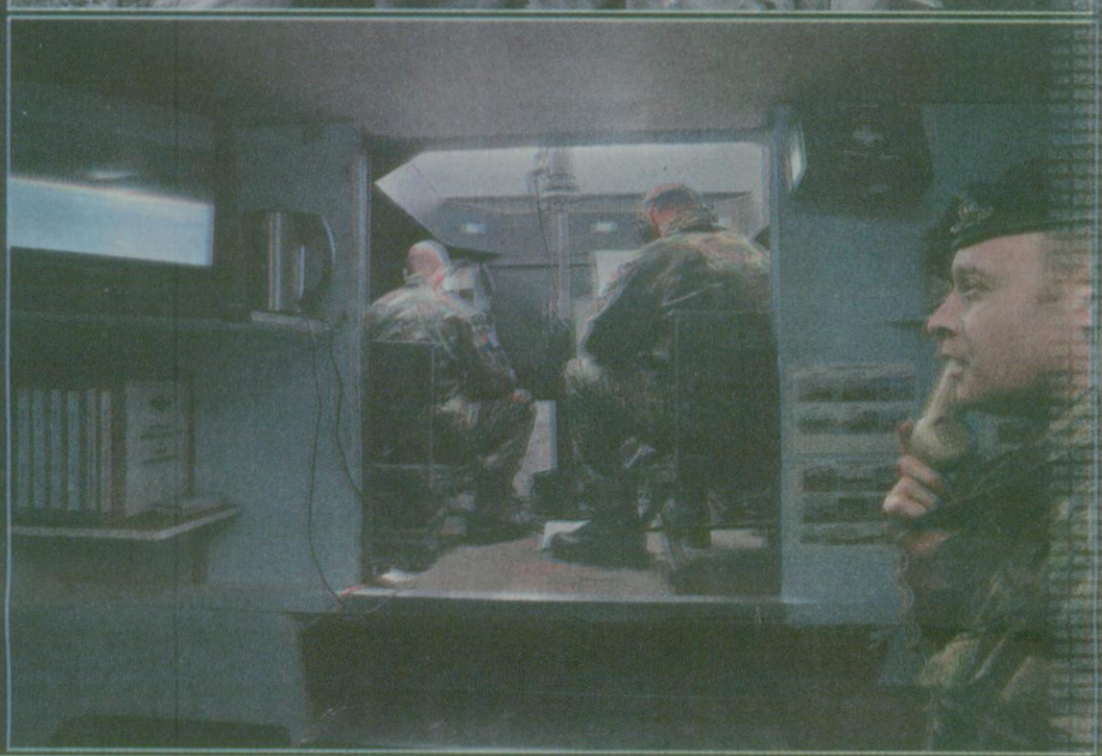
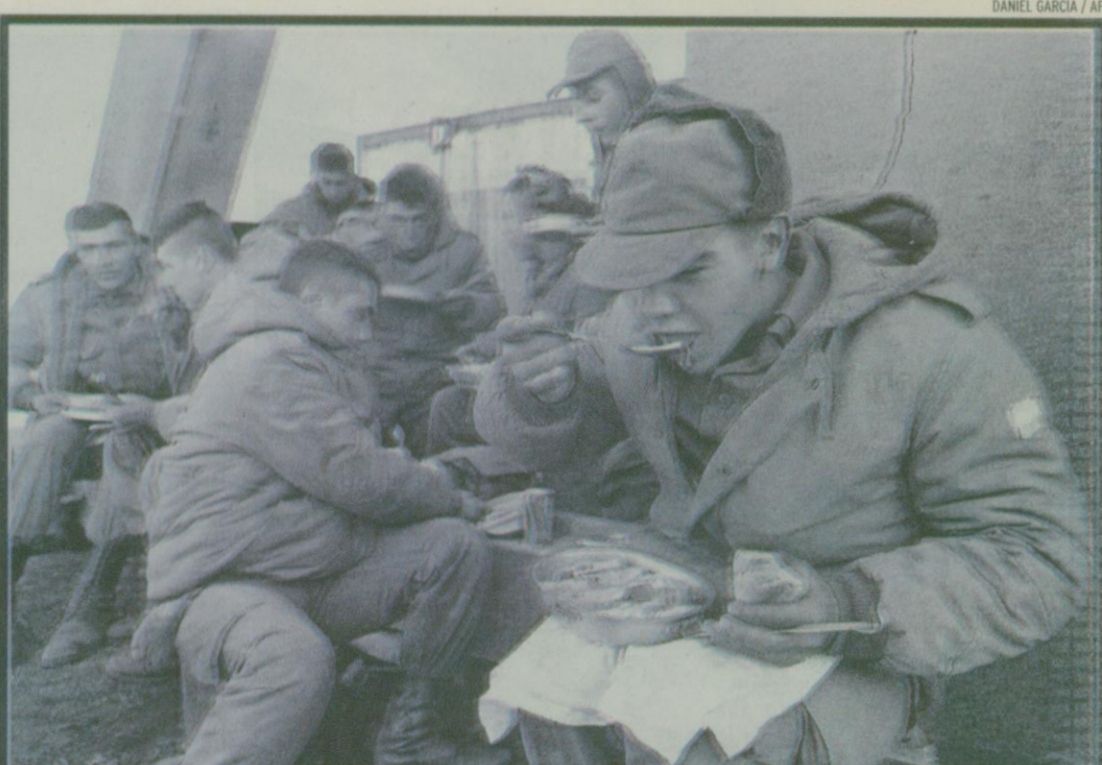
Desde 1982, la Guerra de Malvinas inspiró a escritores y directores de cine argentinos que intentaron contar y explicar lo que pasó en las islas. Las historias de los soldados que combatiaron, las heridas que dejó en los veteranos y la trama político-militar detrás de la recuperación son algunos de los temas abordados. Edgardo Esteban, autor del libro en el que se basó la película "Iluminados por el fuego", lo explica así: "El objetivo era claro: llegar al final del camino con una historia que nos hiciera pensar, hablar, reflexionar sobre lo que nos había pasado en Malvinas y sus consecuencias".



Margaret Thatcher (derecha) junto a su aliado Ronald Reagan y a la reina de Inglaterra, Isabel II.



Leopoldo Galtieri habla a una Plaza de Mayo llena, desde la Casa Rosada. Fue el 2 de abril de 1982.



1982. Soldados argentinos comen, el 13 de abril, en una base de la Marina Real británica parcialmente destruida por los bombardeos.

2007. Gran Bretaña tiene 1.200 militares asentados en las islas, veinte veces más que el día que desembarcaron las fuerzas argentinas.

Una apuesta política de Galtieri que decretó el final de la dictadura

Si Margaret Thatcher se hubiera sentido de las islas Malvinas en 1982, como intuyó con ineptitud la jerarquía militar de entonces, quizá el régimen castrense que gobernaba la Argentina se habría extendido por mucho tiempo más. La inferencia es demasiado simple, tal vez, pero es la conclusión lógica de los registros políticos de aquella época. La dictadura estaba definitivamente agotada cuando el general Leopoldo Galtieri decidió empujado con entusiasmo por el jefe de la Armada, Jorge Anaya, ocupar esas islas en el confor de su americano.

Jorge Rafael Videla se había ido, y se había ido mal, en marzo de 1981. La política económica había empezado a hacer agua por todas partes, el régimen castrense carecía de un plan político para salir airoso de la experiencia fallida y las duras luchas internas entre los militares convertían al Gobierno en más impotente aún. Uno de los problemas que los enfrentaba, con enfoques a veces diametralmente distintos, era precisamente qué hacer con los desparecidos durante los ilegales combates contra la insurgencia armada.

Algunos sectores militares proponían que se difundiera una lista con los nombres de los desaparecidos y se les fuera por muertos. Pero la idea nunca prosperó más allá de secretos cabaldeos y de algunas tímidas expresiones públicas. La dictadura se encerró en sí misma.

Antes que Galtieri, Roberto Viola, un general que había compartido con Videla el liderazgo del Ejército desde 1975, estuvo brevemente en la Presidencia de la Nación. A fines de 1981, Galtieri quebró el liderazgo de Viola relevando a todo el alto mando del Ejército y persiguiéndolo al mismo Viola con revisiones médicas periódicas para que demostrara que estaba en condiciones de cumplir con sus funciones. Galtieri llegó a la conclusión de que Viola estaba demasiado enfermo, aunque el ex general murió más de una década después.

Viola tampoco había acertado en encontrar un final posible a la dictadura. Su ministro de Economía, Lorenzo Sigaut, había inaugurado su gestión en 1981, y la de Viola, con una devaluación, mientras el entonces presidente de facto se entusiasma imaginando un movimiento político afín al régimen militar. Sea llamarla MON, las siglas del Movimiento de Opinión Nacional. Sólo algunos pequeños partidos provinciales coquetearon con esa idea de Viola, que nunca llegó, en realidad, a cobrar vuelo.

En la sociedad se habían producido

Empujado por la Armada y la necesidad de perpetuar el poder militar, el tercer presidente de facto inició una aventura que terminó muy mal.

FOR JOAQUÍN MORALES SOLÁ ESPECIAL PARA LOS ANDES

sobre todo del peronismo y del radicalismo. La idea fue bendecida, incluso, por el legendario líder radical Ricardo Balbín, quien ya se encontraba postrado en la cama, en los meses finales de su vida.

La enfermedad de Balbín impidió que se volviera a dar la mano con el ex presidente Arturo Frondizi, también fundador de la Multipartidaria, con quien se había distanciado furiosamente desde el cisma radical de 1956. Las connotaciones de obstinación de la política argentina pueden apreciarse en ese hecho simple, pero emblemático: dos líderes que fueron fundamentales durante casi tres décadas de política argentina, como Balbín y Frondizi, no estaban dispuestos a hablar y ni siquiera a darse la mano.

De todos modos, el postrero Balbín autorizó desde su lecho de muerte la coalición del radicalismo con su viejo adversario, y con los otros partidos políticos, y la Multipartidaria se convirtió en una noticia política relevante. Los partidos, con sus conducciones congeladas desde 1976, habían recuperado la vida en la Argentina.

Dirección política
En el principio de las cosas, la Multipartidaria no aspiraba a reemplazar inmediatamente al gobierno militar por un gobierno civil y democrático. Su proyecto consistía en expresar aquel consorcio social y en acompañar a la dictadura en una salida democrática más o menos rápida. Pedían más una dirección política que un plazo. La Multipartidaria le hizo llegar a Viola algunos mensajes en ese sentido. Pero Viola optó, en cambio, por abrazarse al médico MON y despreñar a los dirigentes de los partidos políticos tradicionales.

Los dirigentes gremiales, liderados entonces por el jefe metalúrgico Lorenzo Miguel, aparecieron impregnados aún por la vieja impronta: estarían donde estaba el peronismo. La experiencia era novedosa para políticos y gremialistas, porque por primera vez desde 1955 debían lidiar con un régimen militar sin la dirección política de Perón, que había muerto en 1974.

Expresando los malestares sociales, sofocados durante seis años, los sindicalistas comenzaron a sacar a los trabajadores a la calle, a pesar de que muchos líderes gremiales habían jugado cerca del gobierno militar y hasta le habían hecho vanas promesas a Viola sobre sus adscripciones al MON. Pesaron más en ellos, en última instancia, los antiguos reflejos de respetar las estrategias del peronismo.

Así las cosas, el dirigente más importante de la Multipartidaria fue el jefe del peronismo, el chaqueño Deolindo Bittel, que retenía el cargo de vicepresidente primero del Justicialismo. La presidencia del partido estaba reservada para la vida de Perón, que ya entonces vivía en Madrid. Bittel lide-

ra. De algún modo, no sólo a uno de los dos grandes partidos políticos argentinos, sino también a los gremios. Las manifestaciones sindicales se hicieron sentir asiduamente en el espacio público y el régimen militar se iba quedando casi sin oxígeno.

Desembarco planificado
En tales condiciones, Galtieri accedió a la Presidencia de la Nación exhibiendo el pretexto de que Viola estaba enfermo. Galtieri había hecho un acuerdo con la Armada, viejo rival del Ejército, para retener la jefatura del Ejército y la conducción política del país. El favor tenía un precio: Galtieri debía suscribir los proyectos de los marinos para recuperar las islas Malvinas. El desembarco estaba planificado desde hacía mucho tiempo en las oficinas de la Armada.

Galtieri entrevistó, a su vez, que una invasión exitosa a las islas podía prorrogar la vida del régimen militar y convertirlo a él mismo en un caudillo civil, además de militar. Nunca estuvo en sus planes la posibilidad de la derrota en las Malvinas, que finalmente sucedió como era previsible para cualquier que conociera cabalmente el mundo.

Luego del fracaso en la guerra con Gran Bretaña, el régimen se vio ante tres derrotas: la política, la económica y la militar. Paliaba todavía la moral, que no tardó en llegar cuando se abrieron los casos de las violaciones de los derechos humanos durante la represión a los militantes de izquierda de la década de los '70. Este terrible aspecto de los años de la dictadura fue el más largo y no se ha cerrado aún.

Es cierto que entre la ocupación de las islas y la derrota definitiva, un proceso que duró casi tres meses, muchos dirigentes civiles argentinos se confundieron. Creyeron que no podían estar ausentes de la supuesta "victoria nacional" y hasta llegaron a viajar a las islas en aviones militares. No advirtieron, al final de cuentas, que lo que estaba sucediendo con la guerra era una regresión para las aspiraciones argentinas de recuperar las islas, y que nunca se emitirían un progreso.

Uno sólo entre los dirigentes de los grandes partidos se apartó del triunfalismo de aquellos días y censuró la guerra, aunque lo hacía en la intimidad. Fue Raúl Alfonsín. En las elecciones que sucedieron tras la derrota militar, la sociedad argentina, con esa rara e indescriptible percepción que tienen las naciones, convirtió a Alfonsín en el primer presidente de la nueva era democrática. La Nación

Rattenbach pidió penas de muerte

El informe de la Comisión de Análisis y Evaluación de las Responsabilidades en el Conflicto del Atlántico Sur, presidida por el teniente general Benjamin Rattenbach, se conoció de manera extraordinaria en 1983. Aunque recomendaba penas severas para los máximos responsables (que implicaban, incluso, la pena de muerte para algunos de ellos), su influencia sobre el juicio posterior fue prácticamente nula. La sentencia final absolvió a siete oficiales del Ejército y condenó a los máximos responsables, Lami Dozo, Anaya y Galtieri, a 8, 14 y 12 años de prisión respectivamente. Los dos últimos fueron luego indultados por Carlos Menem.

El informe calificó al conjunto de decisiones como "una aventura militar" y habló de exceso de optimismo, existismo e incapacidad para la planificación de las operaciones bélicas. Denunció también que numerosos conscriptos habían sido enviados al frente de batalla sin estar capacitados para ello. Además, calificaba como ineficientes o mal utilizados la logística, las tácticas y comunicaciones, y las tareas de abastecimiento.

LAS FUERZAS MILITARES

El conflicto, entre Argentina y Gran Bretaña por la posesión de las islas del Atlántico Sur, se extendió por 74 días.

Fuerzas*	Argentina		Gran Bretaña	
	Hombres	Muertos	Hombres	Muertos
Armada	14.000	1.068	28.000	777
Ejército	3	3	2	2
Aeronáutica	173	47	130	35



Del exitismo a la frustración

En Mendoza, el 2 de abril la gente se juntó en la plaza San Martín para celebrar, como ocurrió en el resto del país. Luego, vinieron la derrota y el olvido.

FEDERICO BRUSOTTI fbrusotti@losandes.com.ar

Como en cada rincón del país, la Guerra de Malvinas dejó en Mendoza miles de anécdotas. Del exitismo inicial a la frustración final; de las masivas expresiones de apoyo a la decisión de recuperar las islas, al repudio soñado en cada plaza, escuela y estadio, al silencio que llegó tras la derrota.

Por eso cada habitante de Mendoza tiene su historia para contar sobre una guerra inexplicable. Son pocos los mendocinos que no saben, por ejemplo, que el primer caído en las lejanas islas fue otro mendocino, el capitán de Fragata Pedro Giacchino.

Aquel 2 de abril de 1982, la provincia, el país y el mundo amanecieron con una noticia impactante. "La Argentina se aprestaría esta madrugada a recuperar las Malvinas", decía el título principal del diario Los Andes de ese histórico día. Luego las radios y la TV se encargaron de contar y mostrar que las islas efectivamente volvían a ser argentinas.

Las sensaciones fueron diferentes para cada mendocino. "En mi caso particular lo viví con mucha tensión, debido a que un pariente mío - el esposo de mi cuñada - formó parte del grupo que desembarcó en Malvinas. Por esta razón, minuto a minuto seguimos con atención los sucesos en las islas", cuenta el gobernador Julio Cobos, que en ese momento tenía 26 años.

Por el contrario, el entonces gobernador de Mendoza, Bonifacio Cejuela, lo vivió como "la decisión política más importante del país, luego de 1810, luego de 1816 y de 1853, cuando se organizó el país". Estas palabras formaron parte de su discurso ante 3.000 mendocinos que llegaron hasta la Plaza San Martín



El domingo 4 de abril de 1982, Gimnasia enfrentó a Rosario Central y la banda del Liceo interpretó el Himno Nacional.

para festejar la recuperación de las Malvinas, así como en Buenos Aires decenas de miles llenaban la Plaza de Mayo.

Pero Cobos sabía que la empresa era difícil. "A 25 años del conflicto, Orozco recuerda aquellos días como "una psicosis colectiva terrible". Y hoy sólo pide "dar el lugar que les corresponde a los ex combatientes. Para ellos es todo mi respeto y admiración".

Guerra y fútbol
Cuando comenzó el conflicto, el clima de euforia entre la población iba en aumento, mientras crecía la sensación del "vamos ganando", alimentada por el maquinario de difusión manejado por el gobierno de facto. Por eso, muchos comparan la guerra con un mundial de fútbol.

Lógicamente, las canchas argentinas se empararon de aquella "pasión" por la guerra: El fin de semana posterior al desembarco de las Fuerzas Armadas en las Malvinas, en cada estadio se exageraron las demostraciones de "patriotismo".

En el estadio mundialista de Mendoza,

como luego empieza la guerra. Fue una confusión, una rareza enorme", asegura el artista mendocino, que en 1982 tenía 20 años.

A 25 años del conflicto, Orozco recuerda aquellos días como "una psicosis colectiva terrible". Y hoy sólo pide "dar el lugar que les corresponde a los ex combatientes. Para ellos es todo mi respeto y admiración".

El encuentro terminó 2 a 1 a favor de Central, pero para Julio el resultado fue lo de menos. "Fue un partido más de lo que uno tuvo la suerte de jugar en esos torneos nacionales, pero recuerdo ese día con mucha tristeza", dijo el entrenador.

za que luego fue bautizado Malvinas Argentinas - el domingo 4 de abril de 1982, Gimnasia enfrentó a Rosario Central. Los equipos ingresaron al campo de juego con banderas argentinas, los jugadores con brazaletes con los colores patrios, la banda del Liceo Militar "General Espejo" interpretó el Himno y el cartel electrónico mostraba la leyenda "Islas Malvinas por siempre argentinas. Viva la Patria".

Jorge Julio era el técnico del Lobo mendocino. "Se tomó con un patriotismo tremendo. Daba la impresión de que si nos llamaban a pelear, íbamos todos al frente de batalla", afirma el histórico DT. "Después, con el tiempo, uno se pregunta cómo el loco de Galtieri pudo mandar tantos muchachos jóvenes a la muerte, sabiendo que era una guerra imposible", agregó.

El encuentro terminó 2 a 1 a favor de Central, pero para Julio el resultado fue lo de menos. "Fue un partido más de lo que uno tuvo la suerte de jugar en esos torneos nacionales, pero recuerdo ese día con mucha tristeza", dijo el entrenador.

« Lo viví con mucha tensión debido a que un pariente mío formó parte del grupo que desembarcó en Malvinas »
GOBERNADOR JULIO COBOS

« Fui con mi familia a la marcha de la CGT, y a los pocos días empezó la guerra. Fue una confusión enorme »
RAÚL "TILIN" OROZCO, MÚSICO.

« Se tomó con un patriotismo tremendo. Si nos llamaban a pelear, íbamos todos al frente de batalla »
JORGE JULIO, DT DE FÚTBOL



EL CONFLICTO DÍA A DÍA

La guerra por las Malvinas duró 74 días y aún son motivo de disputa entre la Argentina y Gran Bretaña. El disparador ocurrió el 19 de marzo de 1982, cuando un grupo de obreros argentinos desembarcó en las islas Georgias para desmontar una factoría. Entre ellos había marinos.

- 2 de marzo** El submarino británico de propulsión nuclear Conqueror hundió al crucero General Belgrano. El ataque constituye el primero en la historia mundial lanzado por un submarino nuclear. Mueren 323 marinos argentinos.
- 3 de abril** El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprueba la Resolución 502 reclamando el retiro de tropas argentinas.
- 12 de abril** Zarpa la escuadra británica.
- 17 de abril** El presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, designa al secretario de Estado, Alexander Haig, como mediador entre Londres y Buenos Aires.
- 17 de abril** Gran Bretaña impone un bloqueo alrededor de Malvinas.
- 25 de abril** Tropas británicas se apoderan de las Georgias. La guarnición argentina, comandada por el teniente de navío Alfredo Astiz, acusado de graves violaciones a los derechos humanos, se rinde sin ofrecer resistencia.
- 30 de abril** Fin de la mediación de Haig. EEUU anuncia sanciones a la Argentina y que accederá a los pedidos británicos de apoyo logístico.
- 2 de mayo** Aviones argentinos Super Étendard, equipados con misiles Exocet, hunden al destructor Sheffield.
- 6 de mayo** La ONU propone, como paso previo para iniciar conversaciones, el retiro de las fuerzas de ambos países del archipiélago.
- 21 de mayo** Cinco batallones británicos desembarcan en San Carlos. Aviones argentinos hunden la fragata Ardent y dañan severamente las fragatas Argonaut, Brilliant, Broadsword y Antrim. Son abatidos 17 cazabombarderos argentinos. Ruptura definitiva de negociaciones.
- 25 de mayo** La fragata Antelope es severamente dañada por aviones argentinos. La nave zozobra al día siguiente. En playa de San Carlos quedan 5.000 soldados británicos.
- 25 de mayo** En dos ataques aéreos son hundidos el destructor Coventry y la nave carguera Atlantic Conveyor, que transportaba una docena de helicópteros de los Royal Marines.
- 28 de mayo** Tropas británicas capturan Darwin y Goose Green en la isla Soledad, donde se encuentra la capital malvinense.
- 8 de junio** Los buques Sir Galahad y Sir Tristan son severamente dañados mientras desembarcaban sus tropas en Fitzroy. Mueren 51 soldados británicos. Desde Londres, Ronald Reagan ratifica el respaldo de su país al Reino Unido.
- 11 de junio** Un misil Exocet lanzado desde la costa deja fuera de combate el destructor Glamorgan.
- 12 de junio** Comienza la ofensiva final. El tercer batallón del Regimiento Paracaidista se lanza a la batalla de Monte Longdon, en las afueras de Puerto Stanley. Durante 24 horas de combates mueren 50 argentinos y 23 británicos. Ese día en otros combates, dos batallones de Royal Marines toman los montes Harriet y Two Sisters.
- 13 de junio** El segundo batallón de Guardias Escocesas inicia la batalla de Monte Tumbledown. Mueren 32 argentinos y 9 británicos. Se completa el cerco de la capital.
- 14 de junio** Rendición de las tropas argentinas.



La posguerra
17 de junio de 1982 El dictador Leopoldo Galtieri cae. Asume la presidencia el general Reynaldo Bignard, quien llama a elecciones.

30 de octubre de 1983 El radical Raúl Alfonsín es electo presidente.

30 de julio de 1990 Reestablecimiento de relaciones diplomáticas entre Londres y Buenos Aires.

Julio 1991 Gran Bretaña y Argentina firman acuerdo humanitario que permite visitas de familiares de los 238 argentinos enterrados en Malvinas.

3 de agosto de 2001 El presidente de la Isla se reúne con el primer ministro Tony Blair, primer jefe del gobierno británico que visita la Argentina después de la guerra.

16 de junio de 2003 El Reino Unido ratifica en la ONU la voluntad argentina de resolver el conflicto de manera negociada.

8 de marzo de 2006 El buque inglés HMS Endurance, es reparado en la base naval argentina de Puerto Belgrano.

26 febrero de 2007 La Argentina rechaza una invitación de Londres para participar en la conmemoración de los 25 años de la guerra.

27 de marzo de 2007 La Argentina cancela un acuerdo de cooperación con Londres para la explotación y exploración de recursos pesqueros y petrolero.

El imperio del seguimos ganando

Hay algunas palabras que tienen buena prensa. Una de ellas es la pasión. La pasión en el fútbol, la pasión que ponemos los argentinos, la pasión patriótica. Si hasta es redentor este sustantivo cuando se habla de crimen de tal o cual que es poco inteligente pero muy apasionado. Lo cierto es que todo tiene sus aristas y hasta las hay de las más flosas. Hablar de pasión es también hablar de carencias de razón, de una comunicación inexistente desbordada de sentimientos atonitrados, de la más primitiva de las intuiciones. La pasión es capaz de llenar una plaza entera por

blanco y a los dos meses volver a colmarla por negro.

Hay palabras que tienen mala prensa. Una de ellas son los ideales. Desde el imperio del neoliberalismo, los ideales son materia de ingenuos. De tipos con los pies a varios centímetros de la tierra. De hippies o neohippies con morrales tan demodé como... sus ideales. En algún momento, los ideales costaron la vida. ¿Quién puede quererlos?

Estas dos palabras (pasión e ideales) estallaron por los aires, como cañonazos, como un avión estrellado, aquel 1982. Los medios de comunicación, un poco por estar encañonados

por el poder, otro poco porque era lo establecido (aquellos de ser más pastistas que el Papa) jugaron con estas dos peligrosas palabras. Y así les fue. Así nos fue.

Buscaron en el baúl esa pasión que se saca cada cuatro años, con los mundiales, y la embolaron a gritos de "seguimos ganando". Al tiempo que jugaban con el ideal de un país que se va vez por todas, y para siempre, se quiso sentir ganador. Poderoso como cuando áramos potencia mundial. Pateaban como a un fútbol número cinco el más peligroso de los ideales. El mismo que manoseó la Junta Militar. Aquel que es a todo o nada. Un pleno

en la ruleta que se llevaba el pozo o como sucedió, te dejaba con la suela dibujada en los pantalones.

El más paradigmático de los casos, pero no el único, fue el de la revista Gente. Allí se contaban los aviones caídos como goles, en infografías dignas de El Gráfico. En ese micromundo de 80 páginas los ingleses eran viciosos de nacimiento, nuestra armada irrefrenable y el Pucará en soledad se iba a cargar a las dos potencias más grandes en la historia de la humanidad. Maniqueísmo, manipulación de la información y fundamentalmente, uso y abuso del dolor.

A las nuevas generaciones no les sobran elementos para entender cómo se pudo crear aquella metarrealidad durante poco más de 75 días. Por qué los argentinos dormimos como un chico de 5 años que cabecea ante un cuento de gigantes derrotados por un enano. La respuesta debe ser compleja, y llevaría tiempo encontrarla... Si quisieramos buscarla.

Mientras tienen patas cortas y la verdad vergieñzas largas. Tan largas que se extienden hasta nuestros días. Los olvidos de hoy, la negación, las espaldas dadas a los ex combatientes son aún consecuencia de aquella rendición incondicional de la pasión y un puñado de ideales.

Documentos

LA VIDA DESPUÉS DE LA GUERRA

Tres historias de heroísmo y dolor

Fueron cerca de 130 los soldados mendocinos que estuvieron en Malvinas. La IV Brigada Aérea aportó un escuadrón entero. En combate hubo 635 argentinos muertos. Pero luego de la guerra, muchos se sintieron abandonados y ya murieron 454 veteranos.

CLAUDIO GUTIÉRREZ / LOS ANDES



Omar Montenegro se aferró a su familia y pudo reconstruir su vida.

CLAUDIO GUTIÉRREZ / LOS ANDES



Luis Guillermo López no puede olvidar la solidaridad en el frente.

JOSÉ GUTIÉRREZ / LOS ANDES



Teresa de Pinto y su hijo, con una foto de Ricardo.

“La guerra sirvió para que se fuera el gobierno militar”

Omar Montenegro no pudo zafar. Leyó el diario y no sólo se enteró de que le tocaba la “colimba” sino que iría a la Marina, por lo que debía pasar dos años lejos y bajo órdenes militares. Lo que nunca se había imaginado Omar es que unos meses después iba a tener que combatir. “Siempre en ese tiempo queríamos salvarnos de la colimba. Cuando vi el número que me tocó me di cuenta de que no me salvaba ni a palos. Nadie se imaginó que estaríamos en una guerra. Es una historia triste, pero hay cosas que se pueden rescatar. Todo esto sirvió para que se pudiera ir el gobierno militar”, dice Omar en su casa de Luján.

El y el resto de los soldados que pisaron Malvinas el 2 de abril de 1982 no se enteraron que irían a las islas aún cuando ya estaban en viaje. El 27 de marzo habían llegado de “maniobras” y cuando dejaron el equipamiento no se los recibieron. “No entendíamos nada. Nos dieron ropa nueva y teníamos que elegir un arma y nos mandaron a Puerto Belgrano. Todos pensamos que íbamos a hacer maniobras en barco, cosa que nunca habíamos hecho. Salimos el 28 de marzo. En la mitad del recorrido nos agarró un oleaje enorme. Hasta los marineros viejos andaban vomitando. Los enfermeros no daban abasto. Después nos enteramos de que eso hizo que la toma se demorara un día más. El primero de abril encendieron los altavoces y recién ahí nos dijeron que íbamos a tomar las Malvinas. Había que hacer que desistiera el gobierno y se constituyera un gobierno argentino”, recuerda Omar.

Casi sin resistencia desembarcaron en las islas y comenzaron a convivir con los kelpers. “La relación era neutra. No nos daban bolilla, se pedía permiso para pasar en una casa. Era súper limpio el lugar. Era medio raro el panorama. Hacíamos nuestro movimiento ajeno a los isleños. Ellos hacían sus movimientos, salían a comprar, estaban como si no pasara nada. Yo pensaba que nos iban a recibir con palos y agua caliente...”

El 14 de abril el primer grupo volvió al continente. Pero se mantuvieron expectantes. “Nos mandaron a Río Grande. No volvimos a cruzar a Malvinas. Hicimos varios pedidos para volver. Veíamos que iban los chicos de 18 años con menos de un mes de entrenamiento. Iban con armas que se desarmaban. Recuerdo que estaban como en otro mundo y con mucho miedo. A los ex combatientes no habría que exigirles nada, ya dieron todo”, recuerda Omar, quien se aferró a su familia para poder salir adelante luego de la guerra.

“Subimos al barco y no entendíamos nada. El 1° de abril y en medio del mar nos dijeron que íbamos a invadir Malvinas”.

“Nos dieron todas las obligaciones y nos sacaron los derechos”

“La situación límite que se vivía hacia que se resaltara la solidaridad, que cada uno compartiera lo que tenía”. En ese relato coinciden Luis Guillermo López y Luis Núñez. Ambos eran parte del Ejército cuando les tocó entrar en combate en la Guerra de Malvinas. Guillermo López hasta tuvo que contradecir las noticias con su regreso de las islas: en un informe del diario Clarín lo daban por muerto. Pero luego la familia recibió la buena noticia de que era un error. Él tiene sentimientos encontrados. Está feliz de haber defendido la Bandera argentina, pero siente que hay injusticias que se siguen cometiendo con los ex combatientes. “Fuimos cumpliendo órdenes, no por voluntad propia, nosotros no teníamos poder de decisión. Creo que se tiene que respetar a todos los ex combatientes. Nos dieron todas las obligaciones y nos sacaron todos los derechos”, dice López.

La supervivencia en Malvinas no era sencilla. Según el relato de Luis, los ataques y las distancias hacían que las provisiones nunca llegaran. Por eso la alimentación se redujo a una comida diaria y tuvieron que acostumbrarse a estar mojados todo el tiempo con temperaturas bajo cero. En lo dramático de la situación, también hubo escenas trágicas. “Nos mandaron a rescatar a un grupo de soldados. Los encontramos y en el camino había ovejas sueltas. No lo dudamos y las cazamos. Cuando volvimos todos nos hacían señas y no entendimos. Sin darnos cuenta estábamos caminando por un campo minado. Por suerte ninguna estalló. Esos días pudimos comer las ovejas”, recuerda Guillermo.

A Luis Núñez le pasó algo similar. En su tarea de comando le tocó estar en el frente de ataque, y también salvar a compañeros de grupo heridos. De hecho, en uno de esos enfrentamientos llevó consigo, durante todo el día, un soldado herido. Y en otro enfrentamiento le tocó evacuar a un grupo entero. “Estábamos llevando algunos heridos y había soldados que nos hacían señas. Pensábamos que eran argentinos que nos saludaban, pero después nos dimos cuenta de que eran ingleses. No nos dispararon porque se dieron cuenta de que estábamos evacuando heridos”, recuerda Luis, que tuvo como jefe de escuadrón a Aldo Rico.

Para quienes combatieron, las marcas de la guerra fueron más duras luego de que terminó. “Intentaron que pasáramos lo más desapercibido posible. Es muy doloroso ver cómo han sido abandonados todos estos años personas que han dado la vida por la patria”, dice Luis.

“Fuimos cumpliendo órdenes, no por propia voluntad. Se tiene que respetar a todos los ex combatientes porque dieron la vida”.

“Que mi esposo haya defendido la patria es un gran orgullo”

¿Cómo hacer para sobrellevar el dolor que produce que alguien cercano se quite la vida luego de haberse sentido abandonado? Teresa lo enfrenta anteponiendo el orgullo que le produce que su marido, Ricardo Pinto, haya combatido en Malvinas. “Para mí fue una guerra estúpida, pero haber tenido una persona que haya estado defendiendo un pedazo de patria nuestra es un gran orgullo”, dice Teresa.

Ella es la única mujer que participa de las asociaciones de ex combatientes. Lo hace por amor a su marido y para buscar vencer la indiferencia que siente de parte de la sociedad hacia los veteranos de guerra. Su esposo era suboficial del Ejército e integraba la Compañía de Ingenieros 602.

Estuvo en Malvinas en los días más crudos de la guerra. Fue prisionero y sufrió torturas. Las consecuencias las sintió luego. Hace 10 años se quitó la vida en Campo de Mayo, luego de atravesar una larga enfermedad psíquica. “Al principio no nos decía nada y un día me agarró con nervios y me contó todo lo que había vivido. No me permitía tenerlo acá conmigo y con su familia. Hubo mucho abandono”, recuerda su mujer.

Nadie sabía que Ricardo estaba en Malvinas. Y Teresa se enteró casi al final de la guerra. El retorno fue lo más duro. “Él venía con mucha tristeza. Fuimos a Buenos Aires y llegaban buques, aviones, de todo. Él no estaba en ninguno. Pensamos que se había quedado, que había muerto y nos vinimos a Mendoza. Luego llegó el último buque, donde estaba él. No podía sentir tiros, aviones ni grupos de gente. Con cualquier ruido saltaba y nos cubría, se nos tiraba encima. Las cosas que vivió, las cosas que vio y los chicos que murieron lo marcaron mucho”.

Lo que al principio era una crisis de estrés post traumático se transformó en una crisis más grave. Ricardo Pinto fue llevado al hospital de Campo de Mayo sin que su familia lo autorizara. Antes no había recibido asistencia médica. Por eso Teresa fue a reclamar y a visitarlo a Buenos Aires. Allí el panorama fue peor. Su esposo estaba en un pabellón especial para ex combatientes. “Era un lugar terrible, sumamente deprimente. Era una sala larga, llena de veteranos. Se tiraban debajo de la cama, andaban con el arma y simulaban tiroteos. Estaban todos muy mal. Nunca quise llevar a los chicos allí. Vivían encerrados, no podían salir afuera. Era muy raro el que tenía alguna lucidez. Ese fue el dolor más grande nuestro, verlo ahí encerrado, como en una cárcel”.

“Los veteranos estaban en un lugar terrible. Se escondían debajo de la cama y simulaban disparos. Estaban abandonados”.

ESCENARIO Por Néstor Sampirisi
Prosecretario de Redacción

Combates (del juego al fuego)

Para quienes en 1982 tenían 17 o 18 años la guerra sólo era un juego de niños, que se jugaba con armas de juguete por las calles de pueblos y ciudades de todo el país emulando los heroísmos televisivos de la patrulla del sargento Saunders. Un juego en el que, como en las tardes de TV, había buenos -los norteamericanos- y malos -los nazis- y que, invariablemente ganaban los buenos.

Para los adolescentes de esos años la política era una cosa prohibida. Sin embargo, tal vez como un cruel presagio, lo más parecido a la política de lo que tenían noticias tenía que ver con su cara más violenta: la “guerra contra la subversión” y el “conflicto bélico” con Chile por el Beagle, según las denominaciones oficiales de la época.

Quizás por eso nadie se extrañó aquella tarde de fines de marzo cuando las radios hablaron de un oscuro incidente protagonizado por supuestos operarios argentinos en una desmantelada factoría ballenera en las ignotas islas Georgias del Sur. Y pocos se pre-

ocuparon unos días después por la réplica: el cruce de amenazas diplomáticas y hasta el envío de un buque militar inglés y otro argentino -en el que viajaba un comando de élite integrado, entre otros, por el represor Alfredo Astiz-, unos con la misión de desalojar a los “operarios” y otros de defenderlos.

Sin que nada lo hiciera prever, la mañana del viernes 2 de abril todos -o casi todos- tuvimos un amanecer eufórico. Tropas argentinas habían desembarcado en las Malvinas y, después de años, las islas volvían a ser argentinas. Así, lo más parecido a la guerra se hizo realidad, si hasta un marino mendocino -el capitán de corbeta Pedro Edgardo Giacchino- fue el primer muerto en el conflicto, en un desembarco prácticamente inminente.

Después, desinformación (“Estamos ganando, seguimos ganando”), eslóganes pomposos y mentirosos, bravuconadas de un general con olor a whisky (“Si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla”), negociaciones de urgencia, “hacheros” co-

rrerinos de 18 años contra mercenarios gurras entrenados y con sofisticada tecnología militar, fusiles que se trababan, comida que no llegaba, colectas multitudinarias, cartas para apoyar a nuestros soldados, el crimen de un crucero hundido en las heladas aguas del Atlántico Sur, el heroísmo de los pilotos, la prohibición de la música en inglés, la mano solidaria de Perú, la Plaza de Mayo que se llenaba para vivir y después se llenó de rabia y lágrimas...

Al año siguiente de la Guerra de Malvinas hice el servicio militar. La colimba, como se le decía popularmente (¿sería verdad que quería decir corre, limpia y barre?). Por entonces para mí la guerra definitivamente ya no era un juego de niños: eran más de seiscientos cincuenta memorias de soldados desconocidos -pero, la mayoría, apenas unos meses más grandes que yo- que habían muerto por una causa justa, pero devorados por una locura de poder, un miserable cálculo de política internacional y un irresponsable

análisis de táctica y estrategia militar.

Durante el período de instrucción un teniente primero de apellido Ramírez y un sargento ayudante de apellido Chaine nos contaron cómo sobrevivieron a la metralla y las bombas, cómo es pelear de noche y en inferioridad de recursos, cómo se rindieron después de quedar sin una sola bala en sus fusiles y hasta nos mostraron las heridas que llevan en sus cuerpos. Ellos pelearon y volvieron.

Esos 45 días de entrenamiento (¿la misma cantidad de días que quienes fueron a combatir?) comimos las raciones que nos entregaban en cajas de cartón que debieron haber llegado a las posiciones de batalla en las islas. Cuando las abríamos encontrábamos un calentador, latas con comida, fósforos, una barra de chocolate, papel para cartas, una birome y cubiertos plásticos. Pero también surgían las preguntas: ¿Por qué esas cajas no llegaron a las islas? ¿Quién debió llevarlas y no lo hizo? ¿Por qué no pudo? ¿Cuántos las esperaron y pasaron hambre?

Nos estábamos comiendo su comida.

Todo era demasiado reciente y cercano como para que varias noches mientras hacía guardia no sintiera un escalofrío. En la oscuridad, enfundado en guantes, con el fusil FAL en las manos, el camperón de duvé y los pies con dos pares de medias puestos sentí temor, escuché ruidos que no sabía de dónde venían, me creí observado desde algún lugar.

Y me di cuenta de que en mis juegos de la niñez nunca había sentido eso. Imaginé lo que debieron sentir esos chicos de una guerra de verdad en los pozos de zorro de Malvinas, con el frío calándole los huesos y acechados por enemigos súper profesionales y con siglos de historia militar. Imaginé su miedo, su desesperación... pero tanto no pude imaginar.

Pero, si en nuestros juegos de niños siempre ganaban los buenos, ¿entonces...? No había respuestas. Todo había sido dolorosamente real y había sucedido en un tiempo que aún hoy, al decir de Borges, nadie puede entender.